

EL NOMBRE DE ISABEL.

Retrocedió dos pasos Bulcacin, exclamando: ¿Y qué queréis, Boabdil?

Dispuesto ya el rey á confiar francamente á Bulcacin sus proyectos, le dijo: Quiero que te presentes al pueblo escitándolo contra mí, que yo encerrado en la Alhambra no lo temo: él te seguirá al combate, peleará con valor, y los cristianos serán vencidos. . .

—Y después, rey Boabdil, respondió Bulcacin, cortareis mi cabeza en premio de haberos salvado, acusándome de levantarme á rebelión. . . no, no; ni es factible ese plan: ya murieron los heroes en Granada; las fuerzas están debilitadas, el pueblo teme. . . ¿sabeis cuál es nuestro solo remedio?

—¿Cuál?

—La traición, dijo con voz funesta, Bulcacin.

—Imposible, Bulcacin: ¿olvidas los rehenes?.... ¡mi hijo! le respondió con angustia el rey. . .

—Es cierto, Boabdil, exclamó Bulcacin lleno de gozo; amais á vuestro hijo?.... y olvidais que fuiste traidor á vuestro padre, que matasteis los míos, y que se pierde Granada?.... confiais en que los cristianos os devuelvan vuestro hijo?.... desengañaos. . . la patria pide un sacrificio; si estais dispuesto á hacerlo, os salvaréis y la librareis á ella. . . sino, id con Dios. . . la primer cabeza que caerá cuando entré en el Albaicín será la mía.

—¡Alá! Alá! decía Boabdil con una angustia inequívoca: ¿y no hay otro remedio? Y Bulcacin conoció que en el pecho del rey padre luchaban dos sentimientos, con el amor de su hijo, con la pasión del trono: pasaron algunos instantes de silencio. Haced lo que queráis, dijo Boabdil á media voz: ¿se confirmó con perder á su hijo por conservar el trono!

—Escuchadme, exclamó Bulcacin, pudiendo mal encubrir su diabólico gozo: ayer firmásteis el convenio de entregar á Granada pasados sesenta días: pues bien! mañana cuando el sol se asome en el Oriente, yo convocaré el pueblo, gritaré contra vos, lo escitaré al combate, y juraré defenderse enviad un correo á uno de esos orgullosos caudillos diciendo que venga á socorreros, que Granada es suya, y que vuestros partidarios lo guiarán á la Alhambra: decidle que la señal será una luz en la torre Bermeja: yo vestiré á mis soldados como á esclavos cristianos para que los reciban á la puerta, y juro por las glorias del Profeta, que ninguno volverá á salir vivo.

—Pero si no fuese como esperais, replicó el rey: si viniesen en mayor número del que podamos vencer y se apoderasen de Granada, si tu propósito se frustrase y el pueblo cobarde y tímido se negase á la pelea?

—Podéis decirle que venga si arde la luz en el Alhambra, si no que no es necesaria su venida.

—¡Bien! si ven la señal, vendrán á tomar á Granada, y encontrarán la muerte: pero si pudiesen tomarla, la Alhambra permanecerá muda y no vendrán: ¿cuál será la señal con que han de reconocer á los nuestros?

—Sea, respondió Bulcacin, el nombre de esa reina altanera, que ha jurado nuestra destrucción. ¡Isabel!

—¡Isabel! repitió Boabdil; y que mueran pronunciando el nombre de la que los ha traído á su pérdida.

—Esperad mañana en la puerta secreta de la Alhambra, y os diré el resultado: dijo despidiéndose Bulcacin.

—Hasta mañana, fiel Bulcacin: dijo Boabdil saliendo.

—Hasta mañana, rey! respondió.

Y un momento después, cuando las pisadas de Boabdil se habían perdido en la distancia, continuó: sea cualquiera, pérfido, el resultado, yo habré tenido la venganza que me piden mis hijos: el tuyo habrá muerto, porque vas á quebrantar la tregua: y si Granada debe pasar á mano de los cristianos yo moriré bañado en su sangre. . . y no veré la ruina de nuestro reino! . . . y salió cerrando á puerta.

—Ese hombre morirá mañana, Blanca; hijo Diego, señalando el sitio por donde Bulcacin se alejara.

CAPITULO IV.

En una grande y vistosa tienda de campaña, situada á uno de los extremos del campo sitiador, y sentados en rudos escaños alrededor de una tosca mesa, estaban á la mañana siguiente dos caballeros de apuesta y gallarda presencia, (que por el lujo de sus vestidos, nobleza de su ademan, y respeto con que eran tratados por los numerosos pages que los atendían, echábase de ver que debían serlo muy principales) y un prelado cuya alta dignidad eclesiástica atestiguaban el morado ropaje tealar y el anillo que brillaba en su mano derecha: detras de este, guardando una respetuosa distancia y descubierto, se tenia un hombre de mediana edad rubios cabellos, penetrante y noble fisonomía y en cuya frente ancha y elevada se leía todo un porvenir de gloria.

—¿Con que el obispo de Avila será bien pronto arzobispo de Granada? preguntó uno de los caballeros al prelado.

—Y gracias sean dadas al señor, contestó este, que ha cesado de correr la sangre, y ondeará el estandarte de la Cruz en esos muros sin derramar una gota mas.

—Confiado estais en demasia, don fray Hernando, repuso el marques de Cádiz que no había hablado hasta entonces; ¿no creéis vos, don Inigo, añadió dirigiéndose al primero, que esos paganos han propuesto la tregua y firmado el convenio de entregar á Granada, á trueque de esperar en el tiempo que ganan, algun socorro, ó algun medio para faltar á su palabra?

—No tengo yo mucha fé en esos perros, ni en los juramentos que hacen por su maldito profeta. . . ¡Santiago! ¿y no nos engañaron dos veces en Murcia y en Salobreña? respondió don Inigo de Mendoza: bien han hecho los reyes en no levantar el cerco y en tomarles rehenes; ya podemos contar por nuestra la ciudad.

—Verdad es, repuso el marqués, que Boabdil no intentará nada cuando cualquier felonía había de costarle la vida de su hijo.

—En poco tendrá la vida de un hijo, el que sacrificó á su padre; dijo con melancolía el que estaba detras del arzobispo.

—Ola, maese Cristobal, gritó don Inigo, ¿tampoco vos confiais en la palabra de los reyes?

Conde de Tendilla, le respondió; después de siete años de esperar en vano, y cuando Doña Isabel me ha prometido apoyo verificada la conquista, temo mucho no ser cumplido mi deseo: los desgraciados no creemos en lo bueno.

Interrumpió en este momento un page su conversacion, entregando á don Inigo un pergamino que un moro acababa de dejar para él á la entrada del campamento: leyólo don Inigo con rostro alegre, y exclamó: ¡vive Dios señores, que hemos hablado con hembras, y no contábamos con que los paganos no guardan fé á su rey: ¿sabeis que Boabdil se ve amenazado por su pueblo, que no quiere cumplir el convenio, y me pide, como á buen caballero, proteccion en su cuita. . .?

—Decid, el de Tendilla, le interrumpió el marqués de Cadiz; será menester enterar al rey de estos eventos?

—Ni una palabra, marqués, le respondió don Inigo: ¿queréis ser de los míos en esta empresa? ¿jurais callar, señores? añadió fijando su vista por un momento en cada uno de los otros tres.

Todos se levantaron y poniendo la mano derecha estendida sobre su corazón, respondieron: ¡lo juramos! y volvieron á sentarse con solemnidad: el de Tendilla continuó.

—Pues bien! en este pergamino me dice Boabdil que esta noche esté con cien lanzas junto á la puerta de Elvira: él se ve amenazado por su pueblo, que lo ha cercado en la Alhambra, donde no tiene fuerzas para defenderse: si arde una luz en la plataforma de la torre Bermeja, debo entrar á darle ayuda; si no viese la luz deberé retirarme; no porque desconfie de mí, segun dice el pergamino, sino para evitar que su pueblo lo acuse de traidor: pero una vez en la Alhambra, mañana entrarán los reyes en Granada, y enarbolaremos en lo alto de esos muros el pendon de Castilla: añade que conocemos á los moros que restan fieles á su rey en que gritarán el nombre de nuestra soberana ¡Isabel! Ese será nuestro grito de guerra. . . ¿qué haremos?

—Ir, ir, para tener la gloria de ser los primeros que hayan entrado lanza en ristre, en la ciudad árabe: respondió el marqués.

—Ir, dijo á la vez el arzobispo; para evitar á los infieles un crimen mas, y acortar el plazo en que deberá la cruz volver á la media luna.

—Pues, señores, esta noche partiré; ¿venireis, marqués?

—Arnadado, con rodea en el brazo, y lanza en cuña.

—Adios, D. fray Hernando dijo, el de Tendilla al arzobispo, que se levantaba seguido de Cristobal; pidió á Dios por el buen éxito de nuestra empresa.

Mientras tanto, en Granada se reunia el pueblo en la plaza de Viverrambra, daban alaridos los soldados vomitando imprecaciones contra el rey que había firmado la entrega de la ciudad, y oían con feroz complacencia las voces de venganza con que los animaba Bulcacin á la pelea; juraban muerte á los enemigos del profeta, insultaban al rey que encerrado en la Alhambra aparentaba temerlos, y armados corrían frenéticos de una á otra parte, buscando cristianos en que saciar su rabia: el estupor había desaparecido, y aquella ciudad en que el día antes solo se oían gemidos y llantos de cobardes, animada por la voz de un hombre, se disponia al combate: todo era ruido, todo demostraba el despertar de la energia dormida.

Bulcacin debía comunicar á las tropas al ponerse el sol un proyecto, con el que asegurarían muchas víctimas: así lo había dicho al retirarse de entre ellos aquella mañana, dejándolos bajo el mando de capitanes de su confianza: volvió solo al Albaicín.

Concluirá.

Destino de las mujeres egipcias y sus ocupaciones en los serrallos.—Ceremonia de su casamiento.

La suerte de las mugeres egipcias no es tan feliz como la de los hombres condenadas á la esclavitud, no tienen ninguna influencia en los negocios públicos: su imperio se limita al interior de las paredes del harem. Confinadas en el seno de sus familias, no se estiende el círculo de su vida á otra cosa mas que á las ocupaciones domésticas, siendo la educacion de sus hijos su primer deber; su mas ardiente deseo es tener muchos, porque la fecundidad es la que las da alguna consideracion pública, y con la que consiguen que las quieran sus esposos. Hasta las mugeres mas pobres piden al cielo una numerosa posteridad, y no tendrían consuelo, si la adopcion no les indemnizase de lo poco que las favorece la naturaleza. Segun la ley del Profeta, todas las mugeres deben criar por sí mismas sus hijos. Cuando las circunstancias les obligan á buscar una nodriza, no se admira como una estraña, sino que se hace miembro de la familia, y pasa sus dias entre los hijos que ha criado.

El harem es la cuna y la escuela de la infancia. Cuando nace un niño se le deja tendido en una estera, expuesto al aire puro en una vasta habitacion, donde respira libremente y estiende á su gusto sus delicados miembros. Bañasele todos los dias, y edúcasele á la vista de su madre, con lo que se desarrolla muy pronto. Verdad es, que adquiere pocos conocimientos, limitándose su educacion por lo comun á saber leer y escribir, pero en cambio goza de la mas completa salud. Lo

que queda mas profundamente grabado en su corazon es el temor de la divinidad, el respeto á la vejez, la piedad filial y el amor á la hospitalidad.

Las niñas son educadas del mismo modo: hasta la edad de seis años se las deja desnudas ó simplemente cubiertas con una camisa. El traje que llevan lo restante de su vida permite que el cuerpo adquiera su verdadera estructura. Es muy raro en Egipto encontrar niños raquíticos ó personas contrahechas, y en ninguna parte despliegan las mujeres todos los encantos de su sexo como en el Oriente.

No solo se ocupan las mujeres de la educacion de sus hijos, sino que las están cometidos todos los cuidados domésticos, sin que crean envilecerse para componer por si mismas su alimento y el de sus maridos. Sometidas á la costumbre, cuyas inmutables leyes gobiernan el Oriente, no participan de la sociedad de los hombres ni aun para comer. Cuando alguna persona de suposicion quiere comer con alguna de sus mujeres, hace que la adviertan de ello con anticipacion: en su consecuencia dispone su habitacion, la perfuma con preciosas esencias, prepara los mas delicados manjares, y recibe á su señor con las atenciones y el respeto mas exquisitos. Las mujeres del pueblo permanecen de pie ó sentadas en un rincón en tanto que comen sus maridos; muchas veces les presentan lo necesario para lavarse, y les sirven á la mesa.

Los cuidados domésticos dejan á las egipticas algunos ratos desocupados, que emplean en bordar y en hilar entre sus esclavas. El trabajo tiene sus intermediarios, y la alegría no está desterrada del interior del harem: las nodrizas cuentan historias ó cantan aires tiernos ó alegres que las esclavas acompañan con la pandera ó con las castañuelas. Las almés ó bailarinas y cantarinas públicas suelen ir á alegrar la escena con sus bailes y sus armoniosos acentos. Despues se sirve un refresco, en el que se prodigan los perfumes y las frutas mas exquisitas. Las egipticas no viven absolutamente prisioneras: todas las semanas van una ó dos veces al baño ó á visitar sus amigos ó sus parientes, tratándose de una manera electuosa en sus visitas. Las esclavas sirven el café, el sorbete, las confituras y las frutas; la hija de la casa presenta un aguamanil lleno de agua de rosa para la que quiere lavarse, y el aloe que se quema en un pebetero, perfuma la habitacion. Despues del refresco bailan las esclavas al son de los cimbales, tomando muchas veces parte sus amas en sus juegos.

Todo el tiempo que está una estraña en el harem, está prohibido al marido acercarse á ella: es el asilo de la hospitalidad, y no podria violarle sin ocasionar funestas consecuencias. Las mujeres turcas van tambien con sus eunucos á pasear por el rio. Sus barcas conocidas por las celosias, por la música que las acompaña, tienen muy bonitos departamentos lujosamente adornados. Cuando no pueden salir, tratan por todos los medios posibles de alegrar su prision: al ponerse el sol suben al terrado, donde toman el fresco en medio de olorosas flores. Para impedir los turcos que sean vistas sus mujeres, desde lo alto de los minaretes hacen que los gritadores públicos juren que cerrarán los ojos cuando anuncien la oracion. Por lo general escogen ciegos para llenar estas funciones.

Los dias de baño son dias de fiesta para las egipticas, adórnense magníficamente para ir á él, y bajo el velo que las oculta á las miradas del público, llevan las mas ricas telas. Su coqueteria se estiende hasta sus calzoncillos, que son en verano de muselina bordada, y en invierno de tisú de oro ó de plata. Las señoras egipticas llevan consigo al baño las esclavas de su servicio particular. En su tocado se agotan todos los refinamientos del lujo, y cuando se concluye, se quedan en las habitaciones exteriores, donde pasan el dia en medio de los placeres.

La mayor parte de los casamientos se negocian en el baño, y son los padres del jóven que ha de casarse los que se toman este cuidado, ven en el baño á la mayor parte de los jóvenes, y las hacen el retrato al natural. Luego que han elegido hablan de la dote al padre de la futura; se arregla la dote, y se hacen los regalos. Terminados los preliminares indispensables, los parientes y amigos de la jóven la llevan al baño, donde pasan el dia en festines, en bailar y en cantar. La mañana siguiente van las mismas personas á casa de la futura, y la arrancan, como por violencia, de los brazos de su madre para conducirla en triunfo á casa de su esposo. Ordinariamente se parten en marcha al anochecer. Preceden al acompañamiento los danzantes, detras van numerosos esclavos, que llevan en triunfo, los efectos, los muebles y las joyas destinadas para el uso de la desposada. Cuadrillas de bailarinas, marchan al compás de los instrumentos, siguiéndolas gravemente las matronas con paso magestuoso; por último, viene la jóven desposada cubierta enteramente con un rico velo bordado de oro y pedrería, y sostenida por su madre y hermanas bajo un magnífico dosel, que llevan cuatro esclavos. Una gran porcion de hachones de viento sirven para alumbrar el acompañamiento, que toma por lo comun el camino mas largo; y numerosos coros de almés cantan versos en loor de los recién desposados.

Cuando el acompañamiento llega á la casa del esposo suben las mujeres al primer piso, desde donde ven todo lo que pasa abajo por una galería de celosía. Los hombres reunidos en una sala no se mezclan con ellas para nada.

Una gran parte de la noche la pasan en festines, en beber sorbetes y en oír música. Bajan despues las bailarinas á aquella sala, dejan sus velos y hacen brillar su flexibilidad y su destreza.

Cuando se concluye el baile principian las almés una especie de epitalamio, haciendo pasar muchas veces en este tiempo á la novia por delante de su esposo, siempre vestido de nuevos trajes, para mostrar su gracia y su riqueza. Por último, cuando se retira la reunion entra el marido en la cámara nupcial y alzado entouces el velo, ve á su mujer por la primera vez.

Cuando un egipcio quiere separarse de su mujer practica las mismas diligencias que los demas mahometanos, reducidas á enviar á llamar al juez, y á manifestar en su presencia que la repudia. Despues de esta formalidad, tiene cuatro meses de término, durante los cuales pueden reconciliarse; pero pasado este, queda á mujer libre, y puede formar nuevos lazos. Concluidos los cuatro meses de gracia la envía el marido la dote y los bienes que de ella ha recibido. Si tienen hijos se queda con los varones, y la madre se lleva las hembras.

Las mujeres no estan tampoco condenadas á una eterna eslavitud: cuando tiene causas graves para separarse imploran la proteccion de las leyes, y rompen sus cadenas. Pero entonces pierden su dote y las riquezas que han llevado á casa de su esposo.

Existe actualmente en Keshorn, aldea del condado de Ronhice en Escocia, una familia de enanos, que se compone de padre y madre, tres hijos y una hija. El hijo mayor, de 20 años de edad, es el mas alto de la familia, y su estatura no pasa de dos pies y seis pulgadas.

SERMONES

PRONUNCIADOS EN LA IGLESIA

DE NUESTRA SEÑORA DE PARIS,

POR EL R. P.

ENRIQUE DOMINGO LACORDAIRE

del orden de predicadores.

Se ha repartido el final del 7.º sermón, y mitad del 8.º

Es harto popular en nuestra patria el nombre del P. Lacordaire, citado en primera línea entre los oradores sagrados contemporáneos, ó por mejor decir, preferido á todos ellos por el voto general de los inteligentes.

Los frutos de su predicacion correspondido han á tan aventajadas y sublimes cualidades, que como dejamos insinuado, parecen señalar una inspiracion del cielo.

Contamos para esta publicacion con la precisa licencia del ordinario de la diócesis, y en ella procederemos bajo la direccion del señor don Juan Gonzalez, escritor eclesiástico de distinguida reputacion.

PLAN DE PUBLICACION.

Los SERMONES del P. Lacordaire segun se vayan imprimiendo en Francia, se darán por entregas, que contendrán cada una un sermón.

Condiciones y precios de suscripcion.

El precio de cada sermón será en la

forma que ha parecido á su editor mas conveniente y fácil, fijándole á real el pliego de 16 páginas en 8.º mayor en sermones sueltos en Madrid, y á medio real siempre que sea el abono por toda la coleccion, y con el aumento de portes en las provincias, en cuyo caso deberá adelantar el que se suscriba 20 reales vn., importe de 10 pliegos de impresion en Madrid y 30 en las provincias, cuyo pago se irá renovando á medida que se sepan los volúmenes ó sermones de que constará esta coleccion.

Cada mes saldrá uno ó dos sermones, cada uno con su cubierta de color, y se repartirán al domicilio de los señores que se suscriban.

Se imprime esta obra de buen papel y de un carácter de letra clara, en tamaño 8.º mayor.

Se admiten suscripciones en Madrid, librerías de su editor D. IGNACIO BOIX, calle de Carretas, número 8 y 35, en la de los señores Viuda de Calleja é Hijos, y en todas las principales librerías del reino y del extranjero.

TEATROS.

DE LA CRUZ.

A las ocho y media de la noche; se volverá á poner en escena la aplaudida ópera bufa, en tres actos, titulada: DON PASQUALE.

DEL PRINCIPE.

A las ocho y media de la noche: última representacion de la comedia histórica, nueva, en tres actos y en verso, original de don Patricio de la Escosura, titulada LAS MOCEDADES DE HERNAN CORTES. Intermedio de baile nacional. Terminará el espectáculo con la pieza en un acto, titulada LOS GUANTES AMARILLOS.

DEL CIRCO.

A las ocho y media de la noche: segunda representacion de la ópera seria en tres actos, titulada IL CORRADO DI ALTAMURA.

DE VARIEDADES.

A las cuatro y media de la tarde: el drama en dos actos, titulado UN DIA EN MI PATRIA. Baile, y EL GASTRONOMO SIN DINERO.
A las ocho y media de la noche: EL DUQUE DE BRAGANZA, O LA REVOLUCION DE PORTUGAL. Baile y sainete.

Editor y Redactor principal, JUAN PEREZ CALVO.

IMPRESION DE BOIX, calle de Carretas número 8.

BOLETIN ESTRANJERO.

Una casualidad extraordinaria ha privado durante algunos dias de agua potable á la ciudad de Carlsruhe. Un número considerable de ranas, para ponerse al abrigo del frio del invierno que se habia prolongado mucho, se habian refugiado en las construcciones hidráulicas que llevan el agua á la ciudad. Al disminuir el frio se introdujeron las ranas en los tubos, y los taparon completamente. En varias partes formaban una masa tan compacta, que fue muy difícil el abrir paso al agua.